

Lucila Martínez

Poemas (1)

LA PRESENCIA



INEFABLE Presencia, que en todo te
[insinúas,
en la hoja que tiembla y el rocío irisado,
en el cerrado broche de una flor en promesa,
y el mensaje salino de los vientos del mar.

En la solemne vida de las piedras palpitantes,
por el cuerpo del árbol asciendes hasta el sol.
En todo lo que miro te siento y me estremezco,
oh Presencia invisible, indecible, sin voz.

(1) Damos a nuestros lectores tres hermosos poemas de Lucila Martínez, poetisa que muy ocasionalmente ha querido salir —como ahora— del discreto retraimiento en que ha vivido, para publicar, en algunos diarios y revistas, sus producciones honradas y delicadas. Tiene dos libros de poesías inéditos.—N. de la D.

En el denso silencio unas manos sutiles hechas de lejanía y amasadas de arcanos, con suavidad de brisa, con tibieza de alas acarician mi frente, me palpan el cabello.

Con qué supremo gozo y deleite estremecido a su tacto se ofrecen mis manos y mi frente. ¡Auroras opalinas, ocasos incendiados no tienen la belleza de esas manos irreales!

¡Cómo anhelé marchar por la senda brillante que va desde la playa a la luna en el mar! ¿Era tu voz entonces la que en mi ser cantaba y en mi ánimo alentaba tu ardiente vibración?

¡Oh locura exquisita! Sentirte día a día vivir en mi existencia, temblar en mi clamor; ver que del pobre barro se eleva tenue y pura la llama azul y dulce de tu ancha inspiración.

¿Por qué temes quedarte en soledad, hermana, si el alma de los mundos en ella se revela? ¿Por qué al silencio esquivas, si en él está latiendo como en matriz inmensa una nueva Creación?

Más allá de los amplios horizontes vencidos, más allá de ti misma, del santuario del yo, te llevará el silencio, si acogerlo pudieras, si ante la gran Presencia, ¡arde tu corazón!

CLAMOR EXTRAÑO

Quiero decir ahora la más honda palabra
hecha de sa! de lloros, de sombra y tempestad,
aquella que en un lento devenir de añoranzas
era un algo sombrío que ahogaba mi voz.

¡Me aterra contemplar la hondura de mí misma!
¿Qué límites eternos tiene mi propio ser?
¿Por qué cuando yo quiero fijarme aquí en la tierra
hay alguien que me llama y no sé dónde está?

¿De qué salobres olas, de qué vientos oscuros
proceden esas voces que claman en mi umbral?
¿Por qué yo soy mordida por anhelos extraños
que como zarpas ígneas me desgarran el ser?

¡Oh, este cansancio eterno, que cual ángel enorme
el corazón me agobia con abrazo mortal!
¡Oh, mis lunas heridas por anhelos irreales
y por la espada amarga de no querer vivir!

No vivir, pero, vivo. ¿Soy acaso yo misma
la que alberga en su seno este cruel anhelar?
¿Los rosales de enigma cuyo aroma me embriaga
los cultiva mi llanto en astral heredad?

¿Por qué soy como un árbol creciendo en los cantiles
la raíz afincada en un leve arenal,
y las flores, cual túnicas tremolando en la nada
y al abismo asomadas con horror y ansiedad?

¡Es que soy como un hito, solitario y desnudo,
entre los hombres muertos y los que nacerán!

LA CITA

I

Sé que tengo una cita
con un enamorado
que me espera al final de este camino.

Para encontrarle debo
con sencillez vestirme
de oscura veste y túnica bordada de silencio.

Y sé que aunque no quiera,
si El me tiende los brazos
por refugiarme en ellos yo dejaré los tuyos.

Y marcharé muy sola
adornada de flores
al límite indecible de donde El me reclama.

Nunca he visto su rostro
que me aguarda en la sombra
pero sé que este cáliz que de vida rebosa
le ofreceré temblando . . .

II

No me mires tan triste.
¿Que no ves que divago?
¿Que no ves que aun florecen
las rosas en mi vida?

Ven y ríe conmigo,
y ámame más por eso:
¡Porque un día cualquiera
yo habré de abandonarte!